

John H. Hershey

«La promesa y el destino de las Américas»

Cuatro prominentes líderes del pensamiento latinoamericano en el campo de la educación, literatura y filosofía, coinciden en una común oposición contra cualquier forma de imperialismo económico o militar; y en apoyar un programa de desarrollo cultural creador, específicamente «occidental».



A pregunta acerca de cuál es la promesa y el destino del Nuevo Mundo ha sido materia de profundas reflexiones de escritores latinoamericanos de diferentes países. Con el desastre de Europa, ¿cuál es el papel que le corresponde a las Américas para llevar adelante lo mejor de la civilización y cultura? ¿Deben los pueblos del Hemisferio Occidental permanecer dependiendo en conjunto de lo que Europa ha producido o buscado para desarrollar una cultura relativamente nueva? En el drama de la historia humana ¿puede el Nuevo Mundo no sólo transmitir sino mejorar su herencia del Viejo Mundo para el naciente futuro de la humanidad? Estas y otras preguntas semejantes se formulan y se contestan en obras y conferencias de cuatro pensadores latinoamericanos contemporáneos de otros tantos países. Ellos son

Alfonso Reyes, hombre de letras de Méjico; Alberto Zum Felde, historiador de la literatura del Uruguay; Francisco Romero, filósofo de Argentina; y, finalmente, Enrique Molina, educador de Chile. ¿Cómo enfocan ellos el problema de la promesa y destino de las Américas? En nuestro estudio acerca de sus puntos de vista y de sus actividades inter-americanas, procederemos partiendo desde nuestro vecino, Méjico, hasta llegar a las tierras de más al sur, Uruguay, Argentina y Chile.

REYES, DE MÉJICO: EDITOR, POETA, ENSAYISTA.

Consideraremos primero las ideas y las actividades inter-americanas de un eminente hombre de letras, Alfonso Reyes (1889), de nuestro vecino Méjico. Durante una vida que está aún en plena actividad, Reyes ha sido diplomático, editor, poeta, ensayista y conferenciante. Es Presidente de la Universidad de Méjico, recién fundada, que tiene como fin, entre otros, el de ofrecer estudios que no se dan en otras instituciones educativas mejicanas. En los Estados Unidos, Reyes fué honrado, en 1942, con los títulos honoríficos de las Universidades de Harvard y Tulane. En el tercer Congreso del Instituto Internacional de Literatura Ibero-Americana llevado a efecto en Nueva Orleans el mismo año, el mejicano disertó sobre un tema que parece estar muy de acuerdo con sus sentimientos y pensamientos, «América, Cuna de una Nueva Cultura». En Cuba, en 1941, presidió un torneo de cuatro días organizado por la Comisión de Cooperación Intelectual de Cuba, al que asistieron intelectuales de Europa, América Latina y Estados Unidos. Reyes estuvo algunos años en Brasil donde ocupó el cargo de Embajador ante ese país. En más de una ocasión habló en Río de Janeiro sobre un tema similar al de su charla en Nueva Orleans, «El Destino de América». Reyes fué también diplomático en Argentina antes y después de haber desempeñado la Embajada del Brasil.

LO BUENO DEBE SER BUSCADO EN LA INESTABILIDAD.

En un artículo publicado en la revista mensual de Nueva York, «La Nueva Democracia» (julio, 1945), Reyes presenta tres formas de relación entre el hombre y el mundo. En la antigüedad clásica, señala, el universo se concebía como estático y encerrado en un círculo. Lo bueno era buscado en un punto muerto de equilibrio, en el justo punto medio entre dos extremos considerados igualmente malos. Pero la concepción de evolución surgió en oposición a este punto de vista estático, y aun llegó a ser considerado como un proceso hacia una meta final, un movimiento incesantemente ascendente. «Como la Torre de Babel, un piso se construye sobre otro hasta que nos imaginamos que alcanzamos el cielo».

Pero esta clase de creencia en un progreso automático, según Reyes, es inadecuada. La filosofía de la «bi-polaridad» del universo y de la mente—y el hecho de la guerra en nuestra época—hace necesario una visión distinta de la evolución. Su verdadera esencia fué comprendida ya en las antiguas mitologías como en aquel cuento persa sobre el espíritu del mal, Ahri-men, y el Dios bueno, Ormuzd, en continua lucha. Esta idea de evolución más acertada, coloca la búsqueda de lo verdadero y lo bueno en la inestabilidad y en el riesgo de la vida misma. La vida es concebida como una especie de lucha dialéctica entre el bien y el mal. Los obstáculos hacia el bien pueden ser vencidos, pero luego se encuentran nuevos peligros que también deben enfrentarse. Así, en vez de aceptar la noción de progreso automático, los hombres y las naciones deben estar siempre constantemente alertas en contra del mal y en continua devoción hacia el bien. Esta es una filosofía «esencialmente dinámica, hacia la cuál aspiramos hoy día y que inspirará a los hombres de mañana».

Volvamos ahora a la concepción de Reyes acerca de lo que toda América pueda llegar a ser en la evolución humana, según

se encuentra en varios de sus artículos y particularmente en su obra «Ultima Thule» (1942). El mejicano siente que en medio de la presente situación caótica del mundo, los hombres de estado, educadores, escritores—y en fin las masas—deberían unir sus esfuerzos para lo que América aspira a ser y representa. Hoy día, Europa siembra el desastre en vez de la felicidad para todos sus habitantes. El Viejo Mundo parece haber fracasado en continuar adecuadamente la cultura transmitida desde la antigüedad. Pero, desde el descubrimiento de América, este Nuevo Mundo ha sido un refugio y una esperanza. Los comerciantes deseaban ganancias y oro, los misioneros católicos luchaban por conversos, Juan Ponce de León soñaba descubrir la fuente de la eterna juventud en Florida, puritanos y cuáqueros ansiaban un asilo contra las persecuciones y los reformadores políticos buscaban realizar sus ideales de una organización política mejor. Estos son algunos de los ejemplos dados por Reyes para indicar que América ha sido tradicionalmente la meta de las aspiraciones humanas.

AMÉRICA, LA «ÚLTIMA THULE» DE ESPERANZA HUMANA.

América es la «última Thule». Reyes usa este término antiguo para su propia concepción del Nuevo Mundo ahora y en el futuro. «Hoy en día, frente a los desastres del Viejo Mundo, América recupera su valor de reserva en esperanza».

A la luz de los fuertes prejuicios nacionalistas y raciales en el globo, es sólo la cultura americana la que «ignora, en principio, las barreras nacionales y étnicas». El Nuevo Mundo debe ser un lugar donde lo mejor de la civilización y cultura occidental sea transmitido y mejorado. El destino, dice, de América,

es tratar de ayudar al propósito de mejoramiento y de servir de teatro de buenas empresas... El deber más serio el de preservar y mejorar la religión, filosofía, ciencia, ética,

política, urbanidad, cortesía, poesía, arte, industria y ocupaciones... Aun hoy día todo el continente es una encarnación de esperanzas y ofrecimientos a Europa, un hogar para su superávit humano... América empezó como un ideal y continúa siendo un ideal. América es utopía.

Pero uno puede preguntarse «¿Qué hay de las diferencias dentro de la América misma, especialmente entre Estados Unidos y América Latina?» Reyes dice:

Entre la homogeneidad del mundo latino y la homogeneidad del mundo sajón—los dos personajes en el drama americano—una profunda simpatía democrática opera como niveladora, como un camino hacia la armonía. Las naciones americanas no son tan extrañas entre sí como las naciones de otros continentes. Tres siglos de elaboración, medio siglo de azarosos cálculos y, separados por la independencia americana, otro medio siglo de cooperación y coherencia. Así es, en líneas generales, el camino de América.

ZUM FELDE DE URUGUAY: HISTORIADOR LITERARIO.

Alberto Zum Felde (1899) de Uruguay también aborda el problema de la América en relación con Europa y el futuro del hombre. La palabra América es usada principalmente por él en referencia a América Latina. El uruguayo ha sido Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo. Sus escritos se refieren principalmente a la Historia Literaria de su país. Con respecto a sus actividades en otras naciones americanas tenemos la serie de conferencias dictadas en Argentina en el Instituto de Cultura Latino-americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Estas conferencias fueron publicadas más tarde en su obra «Literatura del Uruguay» (1939). Zum Felde visitó también el Brasil en 1941, habiendo sido comi-

cionado por el Presidente del Uruguay para integrar una comisión de tres miembros que se dirigió a Río de Janeiro en un intercambio cultural entre las dos naciones.

En un libro reciente «El Problema de la Cultura Americana» (1943), Zum Felde expone su filosofía del hombre en relación con la historia, así como su interpretación del rol de la América Latina en el mundo. Como se hizo en el caso de Alfonso Reyes, consideraremos primero las ideas generales de la humanidad y de la historia del uruguayo.

El individuo, sostiene Zum Felde, es normalmente una unidad funcional, un todo complejo. Su cuerpo y su espíritu son reales, forman un microcosmos humano. Ambos deben ser tomados en cuenta para comprender la naturaleza del individuo. Separarlos sería como dividir las partes de un árbol. Es semejante al caso de la cultura en relación con el mundo. Por otro lado, el determinismo naturalista trata erradamente de reducir todos los fenómenos complejos de la cultura a geografía, biología y economía. Por otra parte, apareció, como una reacción al punto de vista anterior, otro, igualmente estrecho, que pretendía explicar la cultura en su totalidad por la mente. Pero, cada una de estas explicaciones unilaterales es inadecuada. Como el individuo, la cultura debe ser explicada por ambos elementos, los hechos físicos y la mente del hombre. Pero, aunque reconociendo por completo la importancia de lo físico, el factor predominante y directriz en la formación de la cultura es la mente y la voluntad humana.

EL DESTINO Y EL SER BÁSICAMENTE IDÉNTICOS.

Si, entonces, el hombre en sí posee poder suficiente para crear y llevar adelante cultura y civilización ¿cuál es su destino? Conocer nuestro destino, contesta el uruguayo, es conocernos a nosotros mismos, y conocernos es conocer nuestro destino. El ser existe en nosotros potencialmente y es lo que verdadera-

mente somos. Se expresa a través de nuestro desarrollo histórico activo:

Así, la naturaleza se rige por sus leyes, aparte de la voluntad humana; pero las leyes de la historia son aquellas de nuestra propia voluntad, porque el principal agente de toda evolución histórica es el hombre. Nosotros estamos haciendo evolución histórica; si no la hacemos, entonces no se produce; lo que se obtiene tiene su fuente en nuestro propio ser, que se está realizando a sí mismo.

Habiendo así esquematizado el amplio punto de vista de Zum Felde respecto del hombre y de la historia, volvamos ahora a su interpretación respecto del papel de la América Latina en el mundo. Se opone a todo tipo de nacionalismo extremo de parte de cualquier país de América, aunque aprueba un patriotismo que signifique amor a la tierra natal. El verdadero Americanismo debe ser continental en su alcance. Pero, ¿cuál debe ser la relación entre América Latina y Europa? La América Latina no puede, y más aún, no debe, ni aunque pudiera, renunciar a los valores de la civilización europea heredada particularmente de España y Francia. Así como la civilización occidental es una parte de la cultura del mundo, así la América Latina es una parte de la civilización occidental y debe estar integrada a ella. Aunque estimando totalmente el panorama histórico de Europa y, por supuesto, el de la humanidad, Zum Felde se opone a que la América Latina permanezca una como «colonia cultural» de Europa.

¿Cuál es el deber de la América Latina en este momento de la historia? Primero, de acuerdo con Zum Felde, la América necesita auto-criticarse, examinando su rol en el proceso histórico. «Nuestra conciencia ha sido como un círculo; su eje ha estado en Europa. Desde ahora en adelante el eje histórico debe estar aquí y la circunferencia será el mundo». Segundo, la América

Latina debe buscar su propia "expresión creadora" en los diversos dominios de la cultura.

La América Latina debe desarrollar sus propias formas de ser dentro del total de la civilización... Estamos casi ciertos de que en un futuro más o menos lejano, esta América llegará a desarrollar sus propias formas de cultura... De la civilización occidental, la más vitalmente abierta, la más potente en promesa es esta América; porque la América Latina... apenas ha comenzado a iniciar su ciclo en la historia.

Pasando ahora a la Argentina, consideraremos el punto de vista sobre América sostenido por Francisco Romero (1897), profesor de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires y de La Plata, y también de la Universidad Libre de Altos Estudios de la primera ciudad citada. Muy interesado en el intercambio de ideas entre los países americanos, es Presidente, tanto de la rama latinoamericana como de la norteamericana, del Centro de Intercambio Filosófico Inter-Americano. En sus numerosos escritos, el argentino no sólo expone su propia filosofía sino interpreta para sus lectores las filosofías de otros pensadores, como Carlos Vaz Ferreira de Uruguay y Alejandro O. Deusta del Perú.

EL UNIVERSO UNA ESTRUCTURA, NO UNA «COLECCIÓN DE COSAS».

El panorama filosófico general de Romero puede resumirse más o menos como sigue: el universo no es una mera colección de cosas, sino que es estructural en su naturaleza. La realidad es en otras palabras, una especie de todo orgánico; el universo influencia a cada parte y vice-versa. En nuestro planeta hay cuatro grados del ser que son distintos, aunque relacionados los unos a los otros. Primero está el nivel puramente físico; segundo,

el vital, que se manifiesta en plantas, animales y seres humanos; tercero, el mental y finalmente, el espíritu, que es el grado propio de la persona humana. De estos cuatro grados del ser, el físico es el más bajo y el espiritual el más alto; es una escala jerárquica.

Inherente a toda realidad, es decir, en todos estos dominios del ser, está el «ímpetu trascendente». Es por virtud de este ímpetu que la realidad física puede ascender al grado vital y del vital al mental y del mental al espiritual. La expresión más baja del ímpetu trascendente es lo físico y, recíprocamente, la más alta es la espiritual. El individuo es un ser físico, viviente y psíquico. Pero alcanza el grado más alto cuando se convierte en persona. Así, su ser y su vida se dirigen hacia el reconocimiento y realización de los valores supremos de la verdad, la belleza y la justicia.

LA PERFECTIBILIDAD HUMANA: UNA TAREA DE ESTE MUNDO.

Con respecto a las ideas de Romero acerca del significado de América éste las explica en la revista literaria cubana «Feria del Libro» (marzo 1943). Primero considera lo que él llama la doble naturaleza del hombre: lo que es y lo que debería ser. Históricamente, este último aspecto de la naturaleza humana, el dominio de lo ideal, ha sido concebido principalmente de tres maneras. Primero, el mundo antiguo vió la edad de oro del hombre en el pasado; segundo, «el Cristianismo, en general, y en particular la Edad Media inspirada por él, situó el ideal en el mundo celestial», y, tercero, la Edad Moderna se inclina hacia la idea de que la perfectibilidad es una tarea y una meta que deben ser realizadas aquí en la tierra.

El papel que América juega en la Edad Moderna es señalada por Romero así:

En la elaboración del ideal de la perfección humana que alcanzará en la vida una progresión permanente, un

estado cada vez más de acuerdo con las necesidades supremas del hombre, el papel que corresponde a América es muy grande. El Nuevo Mundo ofrece vastos horizontes... tanto por la búsqueda de riquezas y aventuras como por la inconformidad religiosa y política. Su amplitud permite una relación entre los hombres que es más útil y más vasta; todo lo que se hace y lo que puede hacerse, atrayendo las energías existentes y originando nuevas. El hombre recibió una incomparable impresión de su poder al ver ante sus propios ojos como los resultados de sus esfuerzos aumentaban; las aldeas se transformaban en ciudades y éstas en otras más grandes todavía. Se forman los estados, la vida social se perfecciona y la cultura avanza a grandes pasos. América vive mirando hacia el futuro y transmite a la Europa, de ritmo más lento, su juvenil convicción de que aun las metas más lejanas le son asequibles, y que la proyección del espíritu humano hacia el futuro es una realidad destinada al triunfo.

* * *

Finalmente, otro líder intelectual latinoamericano que proclama sus esperanzas en el futuro del Nuevo Mundo es Enrique Molina, de Chile. Nacido en La Serena en 1871, es profesor de filosofía y Presidente de la Universidad de Concepción, en la ciudad chilena de ese nombre. A través de los fructíferos años de su vida, Molina ha escrito varias obras sobre educación y filosofía. Con referencia a sus actividades en otros países americanos, visitó los Estados Unidos en 1918 con el fin de estudiar en sus escuelas y Universidades, y en 1940 volvió nuevamente a ese país como delegado ante el Octavo Congreso Científico Panamericano celebrado en Wáshington D. C. Escribió dos obras que se refieren a ambos viajes. Otra de sus actividades interamericanas fué su participación en el Congreso Internacional de

Universidades, que tuvo lugar en La Habana, Cuba, en el año 1930.

EL CONCEPTO GRIEGO DEL SER.

Algunas de las ideas filosóficas de Molina pueden resumirse como sigue. En sus numerosas obras el chileno expresa su concepto acerca de la relación entre el hombre y lo que él llama el «Ser Universal». Este Ser es infinito, eterno y absoluto en su esencia y sustancia. Sobre este punto, dice Molina, él está de acuerdo con el pensamiento del griego Parménides. El Ser en sí no es ni bueno ni malo, ni caprichoso ni providencial. Pero el Ser, como enseñó Spinoza, es contingente y relativo en sus modos de expresión en el mundo de espacio-tiempo. Somos algo más que espectadores del Absoluto; no necesitamos sentir que nos es hostil. En cambio nosotros somos parte de él y vivimos en él. «Existir en un Ser lleno de posibilidades es como habitar en el corazón de Dios». Así, en relación con nosotros, el Ser Universal es tanto inmanente como trascendente.

Pero, ¿qué hay de la relación entre lo espiritual y lo absoluto? Lo que llamamos lo espiritual no está actualmente sino en potencia en el Ser Universal. Lo espiritual aparece como realidad a través del desarrollo de formas orgánicas finitas. En la tierra estas formas orgánicas no son otras que los seres humanos que tratan de insertar significado espiritual consciente en la corriente universal. Es por medio del pensamiento y la acción humana que los grandes valores de la ciencia, filosofía, religión, arte y amor se establecen y se enaltecen. «El hombre en vez de ser un actor en un cruel juego de la «gallina ciega», dice Molina, es, así, un colaborador en la creación».

LOS COMIENZOS DE UNA CULTURA AMERICANA ÚNICA.

Pasemos ahora hacia la actitud de Molina respecto del papel que juega el Nuevo Mundo en la civilización. En el «Día de las Américas» o Día Panamericano el 14 de abril de 1942, dictó

una conferencia en la Universidad de Concepción, sobre «El Progreso de la América Latina». Su análisis claro y comprensivo está incluido como un capítulo de su obra «Confesión Filosófica». (Santiago de Chile, Editorial Nascimento 1942). Al referirse a la Unión Panamericana, formada en Wáshington D. C., dice Molina «El Panamericanismo es un plexo espiritual, cultural y jurídico que une a las naciones del Nuevo Mundo». Siguiendo la política de libertad del Viejo Mundo, los países latinoamericanos, sin embargo, continuaron siendo «vasallos» de Europa en el campo de la ciencia, arte, letras, educación y técnica. Pero los comienzos de una nueva cultura han ya aparecido en América Latina. Molina menciona sobresalientes figuras de varios países latino americanos tales como Bello, Sarmiento, Mitre, Montalvo Martí, Rodó, Darío. En el dominio de la filosofía, América Latina está en el «alba del pensamiento independiente». Por otra parte, el Nuevo Mundo es un ejemplo para Europa a causa de su práctica internacional de fraternidad, de amor a la paz y su uso del arbitraje. «Con estos briosos anuncios de madurez, América ha empezado a alzarse contra la tutela espiritual de Europa». Molina, sin embargo, no cree que deba repudiarse la cultura europea; en verdad, él describe la rica herencia cultural que ha venido desde Europa.

Pasando de Europa a considerar la cultura pre-colombina de los indios americanos, Molina indica que esta última es digna de nuestra admiración, especialmente en su contenido artístico. Aun más, los indios de hoy no deben sufrir injusticias políticas o explotación económica. Para mejorar su nivel de vida, es necesario incorporarlos a la vida nacional. Sus hábitos y costumbres, cuando ellos no sean incompatibles con la civilización deben ser conservados. Pero esa cultura no es un modelo que imitar.

Para resumir, Molina sostiene que la América Latina no debe ser ni vasallo cultural de Europa, ni restauradora de la civilización india precolombina. La América Latina debe desarrollar, en cambio, su propia cultura, como él dice, «neo-occidental».

El chileno termina su conferencia con párrafos como el que sigue:

Por primera vez la historia humana ofrece en el panorama de América el cuadro magnífico de los pueblos de un continente entero, unidos por decisiones libres y espontáneas para finalidades de conservación y de cultura... Los pueblos de Ibero-América tienen el imperativo de hacerse fuertes, no con menguados fines imperialistas sino para coadyuvar a la instauración de un orden espiritual sólido con sentido ético en el mundo... Solamente con esfuerzo y con valor—y no de otra manera—el porvenir será nuestro.

UNA CULTURA DEL NUEVO MUNDO.

Es en extremo interesante notar que Alfonso Reyes, de Méjico, Alberto Zum Felde, de Uruguay, Francisco Romero, de Argentina y Enrique Molina, de Chile estén ampliamente de acuerdo en sus ideas acerca del rol de América en la evolución humana. Ellos están de acuerdo en lo que se opone y en lo que favorece los siguientes puntos:

Todos están en contra de un estrecho nacionalismo de parte de cualquier país latino-americano: todos se oponen al imperialismo militar o económico. Tampoco desean una América que sea simplemente una imitadora de la cultura europea. En el aspecto afirmativo, los cuatro latino-americanos aceptan gustosos todo aquello que constituye lo mejor de nuestra herencia del Viejo Mundo, valorizando justamente su ciencia, arte, filosofía y literatura. Ellos agregan enfáticamente, sin embargo, que el Nuevo Mundo debe desarrollar una cultura relativamente nueva, y creen que sus comienzos puedan encontrarse ya en varios países de América Latina. Finalmente, Reyes, Zum Felde, Romero y Molina expresan su fe en que en el proceso de la

evolución humana, las Américas tienen ahora la posibilidad y la oportunidad de crear un verdadero Nuevo Mundo de paz y fraternidad.

(Traducido de «The Journal of Liberal Religion» (Vol. VIII, N.º 11) por la señorita Beatriz Coddou, profesora de la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción).